

LA HOJA

PARROQUIAL



Domingo XV después de Pentecostés

**¿Es grande tu desventura?
trabaja, ora, ten paciencia,
que jamás la Providencia
desampara a su creatura.**

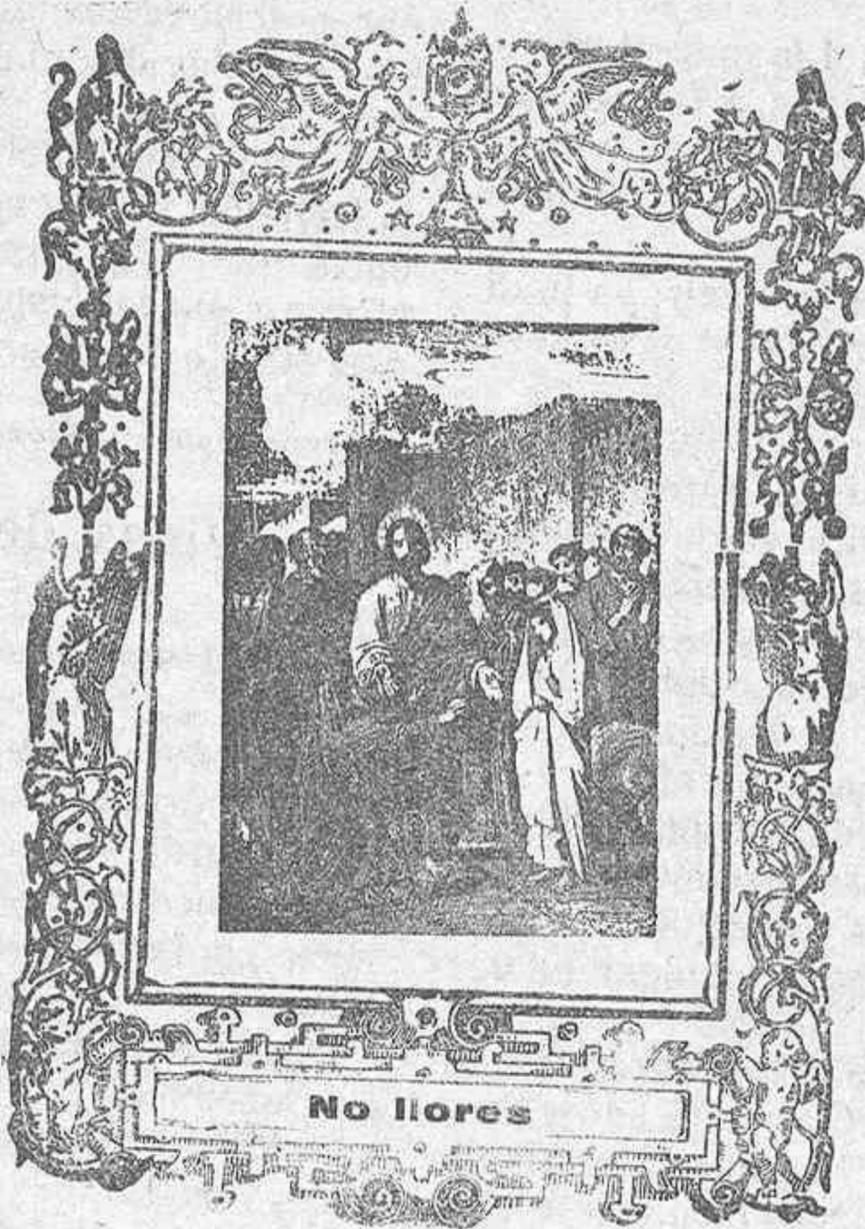
Sin embargo, todas estas nubes se disiparon como el humo en el momento en que Cristo, con su infinito poder, le entregó el hijo vivo y sano.

Esto nos ha de alentar para que no desmayemos, por grandes que sean los aprietos en que podamos encontrarnos.

Es verdad que no vamos a esperar como ordinario remedio un milagro; pero Dios tiene muchos medios de socorrernos sin alterar las leyes de la naturaleza. Una herencia inesperada, un negocio que nos resulta beneficioso, una persona poderosa que se interesa por nosotros, una medicina que nos devuelve la salud per-

dida... en fin, sólo la Providencia conoce sus caminos, pero es lo cierto que no nos abandona: «aprieta pero no ahoga».

A nosotros nos toca orar, trabajar por remediarnos, y esperar con paciencia, que no ha de tardar el auxilio de Dios.



No llores

«Y aconteció después que iba Jesús a una ciudad llamada Naim, y sus discípulos iban con él, y una gran muchedumbre de pueblo. Y cuando llegó cerca de la ciudad, he aquí que sacaban fuera a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y venía con ella mucha gente de la ciudad. Luego que la vió el Señor, movido a misericordia por ella, le dijo: No llores. Y se acercó, y tocó el féretro. (Y los que le llevaban se pararon). Y dijo: Mancebo, así te lo digo, levántate. Y se sentó el que estaba muerto, y comenzó a hablar. Y le dijo a su madre. Y tuvieron todos gran miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. (Luc., VII, 11-16).

A nadie debe extrañar el llanto de esta pobre viuda. Sin duda el horizonte que divisaba era completamente negro; el objeto de sus amores, muerto; su porvenir, incierto; hasta su vida, imposible, por no poder ganar el sustento.

La prensa del obrero

De política ¿eh?, Lín.

—Sí; hay que enterarse de lo que pasa por el mundo. Los obreros de hoy no somos como los de antaño, que no sabían más que trabajar como burros.

—Está bien, está bien que procuréis ilustraros y capacitaros para defender vuestros derechos. Pero dime ¿que periódico es el que lees?

—Qué periódico va ser, señor Cura; el de nuestro partido.

—Es natural... digo; lo sería si ese periódico fuera en realidad el que os enseña lo que os conviene.

—Y así es. Aquí se defienden a rajatabla los derechos del obrero, en contra del patrono explotador.

—Pero no me negarás, Lín, que el patrono también tiene sus derechos, y la sociedad también tiene los suyos; y de esto no os dicen una palabra los que llamáis periódicos del partido.

—Y eso para qué lo van a decir; ya lo dirán los que tengan por misión el defender a los patronos y a la sociedad.

—A la sociedad, Lín, todos tenemos que defenderla, porque a todos interesa. En cuanto al patrono, no digo yo que vuestros periódicos defiendan sus intereses; pero sí que reconozcan sus derechos y os enseñen a respetarlos. No todo ha de ser hablar de derechos, hay que hablar, y mucho, de deberes; pues la falta del cumplimiento de éstos es la que tiene a la sociedad desquiciada.

—No; la culpa del desquiciamiento la tiene el régimen capitalista y el egoísmo de los que tienen el capital y no lo emplean en dar trabajo al obrero.

—He ahí los efectos de la lectura de la que llamais vuestra prensa. Os repite uno y otro día (sin probarlo, desde luego) esa cantinela que acabas de decir, y jamás os dicen la verdad, que es el que con vuestras exigencias excesivas, huelgas sin fundamento, etcétera, arruináis todas las industrias y os vais quedando sin trabajo. Eso es lo que resulta de hablar de derechos y no de deberes.

—Puede ser que tenga usted razón.

—Claro que la tengo. Como la tengo también si te digo que esos periódicos, a cambio de esa defensa que al cabo os resulta muy

perniciosa, os van arrancando la fe y haciendoo desgraciados temporal y eternamente.

—Eso es lo que no me gusta a mi, señor Cura. Para defender nuestros derechos no hay por qué meterse con Dios ni con la Religión.

—Así debía de ser; pero a ellos les resulta así más fácil para teneros a sus órdenes para sus fines inconfesables. Os persuaden de que no hay más Dios que el vientre y de que el vientre sólo lo llenaréis yendo con ellos; y al mismo tiempo os presentan a la Religión como enemiga de ese Dios vientre que os han dado. Todo ello, claro está, sin pruebas o inventando patrañas y calumnias.

—¿Sabe que me va haciendo dudar de la sinceridad de nuestros periódicos?

—Lo que es necesario, Lín, es que leas otros; esos precisamente que vosotros odiais por creerlos enemigos. Allí verás cómo no son enemigo del obrero, sino amigos de todos, enseñando a cada cual sus derechos, pero también sus deberes, y probando cómo la Religión no es enemiga de nadie, sino la única que, bien practicada, da la felicidad eterna y aun la temporal que puede haber en este mundo de miserias.

Vidas de los Santos

Una aldeana enferma hacía mucho tiempo, tenía la costumbre de reunir diariamente en derredor de su lecho a sus once hijos, quienes por turno leían la Vida de los Santos.

Una tarde leyóse el martirio de un joven que, en medio de los más crueles tormentos, murió confesando con santa alegría la fe de Jesucristo.

Después de la lectura, la madre enternecida exclamó:

—¡Hijos míos! ¿quién sería hoy capaz de hacer otro tanto?

Levantáronse los once, y todos a una voz respondieron:

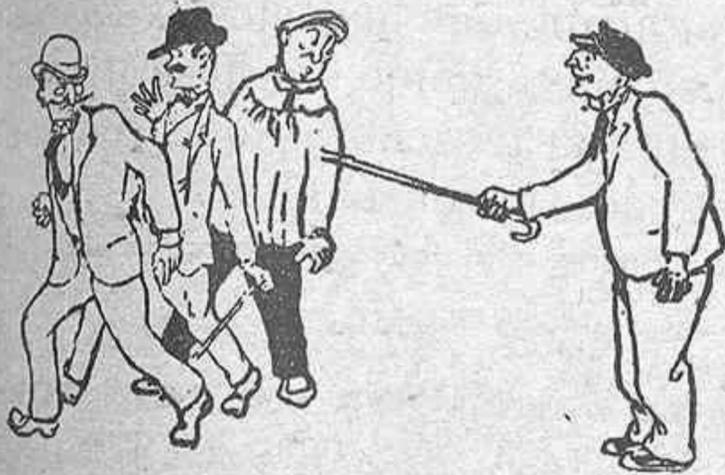
—¡Nosotros, con la ayuda y la gracia de Dios!

—«He ahí los sentimientos que haríais germinar en los tiernos corazones de vuestros hijos, si tuviéseis la costumbre de dedicar todos los días un rato a la lectura de la Vida de los Santos en familia».

Un congreso al aire libre

Hallábanse reunidos en una barbería al aire libre un tacaño, un calavera, un haragán y un pobre viejo, el cual sabía muy bien de qué pie cojeaban los otros, y aunque parecía chocho no lo era. Tratábase allí de arreglar el mundo.

Decía el avaro que los males que deploramos provienen de esos excesivos gastos que ocasiona el maldito lujo. El pisaverde aseguraba que no tanto era el lujo la causa del mal estar presente como la codicia de los ricos,



que no dejan a los demás participar de sus comodidades y placeres. El holgazán lo atribuía todo a la maquinaria moderna, que supe por muchos brazos y no alimenta a los braceros.

Oía el viejo esta conversación, que fué larga y animada, sin meter la cuchara en ella, ni decir siquiera esta boca es mía; por lo cual uno de aquéllos le despreció, diciendo:

—¡Vaya!, los viejos ya no valen para nada.

—Vamos, abuelo —porfió el holgazán—, ¿Cómo piensa usted que se ha de reformar el mundo?

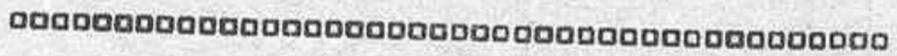
Entonces abrió el anciano los labios y dijo:

—¿Sabéis cómo?, pues reformándose cada uno así mismo. Y señalando con el dedo a cada uno de los reformistas, añadió: y tú, menos afición al dinero; y tú, menos travesuras; y tú a trabajar.

Apenas oyeron estas verdades tan amargas, cuando le dejaron solo, y cada uno se fué por su camino, echando mil pestes contra el pobre abuelo.

Y tenía razón el abuelico; Porque es harto general la manía de arreglar el mundo, y muy rara la idea de reformarse a sí mismo, siendo verdad que, si cada uno se reformase a sí mismo, quedaría arreglado el mundo.

El sábado de esta semana, día de la Natividad de Nuestra Señora, es fiesta de precepto en la diócesis de Oviedo



Un gran negocio

Todo el que quiera puede tomar parte, con garantías de éxito, en un negocio de mas importancia y utilidad que el de las casas de banca, que el de los truses mercantiles, que el de las compañías anónimas y empresas de monopolios.

Es un negocio que, sin arriesgar un céntimo de capital, rinde más millones de duros que gotas de agua tiene el Océano.

Ya lo decía Nuestro Señor Jesucristo a Marta: Mira que un sólo negocio es necesario y con él basta y sobra.

Es el gran negocio de la salvación del alma.



Cantares

La modestia es mi vestido;
mis adornos, la humildad;
el pudor, mi colorido;
mis perfumes, la piedad.

Aunque dicen que soy fea,
no envidio a las que son guapas;
puedo superar a todas
teniendo en gracia mi alma.

Si quieres que yo te quiera,
tienes que ser religioso,
sólo horror puede inspirarme
quien lleva dentro al demonio.

Aunque tengas buena cara,
eres un saco de vicios;
no quiero a un hombre que esté
en cuerpo y alma podrido.

Yo no voy a buscar novio
a los cines ni a los bailes;
marido que allí se pesque
será, sin duda, un danzante.

No tengo afán por casarme;
quiero más quedar soltera,
que para siempre asociarme
a un ateo o un calavera.

